

Anatomía de mi silencio.

Victor Daniel Gañan

Anatomía de mi silencio



Daniel Gañan

escritoenlibrodecuento@outlook.es

Capítulo 1

1. AMOR AL VIENTO.

Jueves del mes de Mayo. Apreciando la llama del caldero que acompaña nuestros cuerpos, allí mi amada se halla lívida, tan pálida como los linos que adornaron nuestra morada cuando éramos uno solo, se halla perdida en pensamientos y en un viejo recuerdo que niega desaparecer. A su lado; –mirándole me encuentro–, su mano sostiene la mía, es suave; delicada también. Su rostro demuestra toques de tristeza y su arrogancia no deja de ser hermosa.

Es el atardecer, y al sabor de un café que acaba de beber –cierra sus parpados–, Se ha ido la mañana y sentada sobre su vieja mecedora no dice nada, los ventanales dejan ver la tristeza de la tarde opaca, casi idéntica a la que tenéis. ¿Qué estará pensando hoy? La llama de un viejo candil que encendí –Como en cada oscurecer– no deja de danzar su débil calor; propagando su apenas perceptible luz, –le acompaña– cuando la lluvia en ventanal grande comienza a resbalar.

Melodía en la radio, –Pronuncio sujetando fuerte su mano–, algo dentro de ella se detiene mirándome fijamente y sin parpadeos, mira mi cambiado semblante. Ya no sonríes al ver mis ojos detallando los tuyos. Son los mismos –los tuyos– color a miel, los mismos que besé cuando a tu piel acaricié. Hoy no habrá palabras, no dirás nada, hoy sólo quieres ver el cielo llorar y contemplar al ave que a tu ventana parece ahogar, se posa mirando en el tiempo el sentimiento de la soledad idéntica a la tuya. Están llenas de miedo, cansadas de tanto esperar.

En la vieja radio de esquina, su canción hace juego con el aire denso de nuestra pequeña recamara. Te veo sonreír y siento alegría, en tu mente aún viven recuerdos de aquel nuestro pasado, pero no miras a donde me encuentro guardando silencio. Pronto su mano se alza señalando aquella ventana, –el ave ha partido–, se ha perdido entre gruesas lágrimas que del cielo caen, y perdida pronto estará la ilusión de volverme a ver.

Ella suspira al final de aquella canción, baja su mirada y sonríe con gesto agotado, mientras mi alma ahora se halla agobiada. La lluvia pronto cesa dejando ese suave aroma a madera mojada. –La llama del caldero que encendí también quiere terminar, pero tú, mi amada niegas descansar; cuando sabes que hay recuerdos que quieres volver a tejer, esos que ya casi olvidados están.

Cascadas de dolor caen de mis mejillas sudorosas, frases de amor que elogiaban a tus pasos ya no fluyen, ya no se recitan al acorde lejano de un

canto de ave que también suspiraba. La mirada fija está, tu mirada es igual a la de ayer, pero hoy desapareció el –te amo– que soñaste por siempre tener.

La noche con sus brazos oscuramente acogedores llega, mi amada se halla bajo sabanas color blanco. Al ventanal menos gigante que la de tu biblioteca, su mirada allí se halla, se halla como queriendo salir, como queriendo abandonar aquel cuerpo ya cansado, como queriendo verle dormir y darle un beso de buena noche, no quiere despertar, hoy no quiere en la mañana levantar. Quiere en cama estar.

Acariciando su suave cabellera castaña le hago descansar. Mirando sus ojos, contemplo su mirada melancólica que en esta noche se halla débil. De su voz apenas audible se escucha –Gracias–. Hoy quizás, a su dios no quiere orar. Hoy no, hoy quiere descasar, escondiendo su mirada en mis manos que lentamente ha conseguido atrapar, cierra sus ojos, se halla tan cálida, tranquila y vulnerable; mientras en mi triste agonía un llanto me comienza a golpear.

En esta noche no jugaste a ser alguien, no recordaste lo bonito de tu niñez. En esta triste oscuridad tras un viejo recuerdo sonreíste de nuevo para mí. En esta noche fui quien te dio el último beso, tímido como aquel primer que nos dimos. Te encuentras descansando mientras menos vivo a tu costado me desespero.

–la promesa de haberte visto de nuevo ya está.

Para ti quien fui el último recuerdo...

Ya olvidado.

2. MUJER & NIÑA OTRA VEZ.

Pequeño cuerpo delgado de elegante mujer que baila en las pesadillas de mi mente, cálidas manos que a mi rostro golpeas una y otra vez sin despertar de mi sueño. Labios donde no habitan besos tristes, sólo sonrisas de lo que tu vida ha callado. –eres dulce y cruel a la vez, cuando en tu mirada veo ilusiones de caminar juntos de nuevo por tercera vez. Mirada resplandeciente como enamorada que solías en primavera estar.

Tenues palabras que a mis oídos llegan como olas de versos cuando me hablas, historias que para mí, son un simple cuento que en mi niñez escuché. Contemplando estuvo mi mente; viéndote correr como aquellos versos recitados en grandes salones de ésta ciudad, en los que en mi teatro un anciano fue la estrella de la noche. Silencioso y paciente me

encuentro conteniendo una expresión de éste hermoso e inolvidable final.

Seré el presente de tu pasado, cuando de verdugo proteja tu futuro. Seré lo que en las mañanas creíste ser a pesar del frío que acostumbrada estabas. Seré lo que quieras ser al amanecer de éste nuestro invierno.

El ballet empieza, al telón abren por mitad mostrando el antro de la canción que conmueve los sentidos. En escenario la verdadera función eres tú, eres baile delgado semejante a tu cuerpo, prendas que se abren al único espectador, –yo–. En mi escenario fuiste la invitada de honor y allí cantamos nuestra canción de amor.

Elegante artista que bailando se encuentra en el centro de mi profundo sueño, mojando las sábanas de aquella función. Seré tu pasión, seré tu amor en ésta oscuridad cargada de intenso frío y sudor, mientras la luz del sol como bombilla al final iluminará sin parpadear el panteón. Hay silencio en vez de aplausos, la fiesta no fue la peor, fue el mejor ensayo para tu verdadera función. –Alegría, penas y sudor–, las ideas mejor montadas para el libreto de amor.

3. MI AMOR AHORA AJENO.

Borde que demarca la delicadeza de tu inocente sonrisa, Labios de un color rojizo idéntico a la sangre de un corazón, al mío; el que ahora no es menos frágil ni distinto a la flor que sostengo en mi mano mientras a tu balcón me detengo, allí te veo. Allí arriba te encuentras linda, te encuentras sola... Quizás no. Miro la sombra ajena de la tuya y me doy cuenta que no soy yo.

Caballero de sutil presencia que delicadamente tus ojos hace cerrar, cuando detrás de una mirada un beso le hace llegar, ¿hay límites para alguien más valiente? –valiente soy cuando de la calle te veo en sus brazos, tus mejillas sonrojadas están, mirada que se apaga cuando la de aquel se alza. Besos que forman en mí olas de pesado castigo, abrazos de ahogos que recorren hasta mis pies y luego desaparecen.

La luna nueva encantadora; tímidamente me acompañará, sus delgados susurros de brillante esplendor aparecerán; delatando mi llanto, delatando lo que embarga mi pecho. No estaré sobresaltado por recordar aquellos días cuando alegre te encontrabas junto a mí, estremeciendo mi piel, mi cuerpo, cuando sin consentimiento abrazabas a grandes brazos y una sonrisa que fingidamente, como temerosa me regalabas, no eras diferente; eras única.

Rocíos que en ésta noche se dibujan al oriente de tu mirada, tan brillantes que los senderos más oscuros se hallan lúmenes, ríen las intensiones de abrazar de nuevo al amor. Diminutas luces que se alzan al escaso viento que acaricia mi piel. Se siente que están alegres, pues brillan y danzan

como luceros en tarde cálida. Cae la noche al interior de tu ventana y la luna allí no se deja contemplar, no quiere irrumpir en aquellos rincones, mi boca calla, cuando las minúsculas aves decidieron apagar sus tenues encantos de alas.

Son las luces de tu recamara las que se han apagado.

4. UNA HOJA EN BLANCO.

Sentado, como escondido en la mesa más apartada, se encuentra escribiendo los últimos versos que claman por ella. –Quiere cantar de nuevo aquellas melodías– Aquí se encuentra, sin importar que aquellos besos que utilizaba para abrazar su cuerpo hoy no estén. Al candelero que le acompaña en mitad de la mesa le enciende un mechero, –se le ve triste–, triste al alumbrar los recuerdos reflejando en papel, recuerdos de aquellas oleadas de mariposas que al cruzar miradas sentían a mitad de muchos atardeceres, recuerdos grabados con tinta de fino pincel, ahora idéntico a cualquier escrito tallado a lápiz.

En el cristal se refleja la desnudes del atardecer, alzándose a espaldas de muchos, algunos pocos le contemplan escondiendo el querer abrazarle. Sus pensamientos de ambulan por un momento ante sus ojos claros, aún sabiendo que no le volverá a ver, –se niega a dejarle morir–. Su belleza es una tarde luminosa y su mirada silenciosa es de flor, siempre dulce voz que no apaga. Hoy espera de nuevo encender en sus labios carnavales coloridos y eternas alboradas, hoy espera verle cantar en escenarios nunca creados, hoy como si fuera nuestra opera.

Mejillas alegres como flores al llegar la primavera, se abren al sol con alegría a su llegada. Se apagó. –Su corazón y las muecas quedaron ocultas– endurecidas como rocas entre sus labios. ¿Qué pasó por su mente? –Son los besos que jugaron en su cuerpo una vez, llenos de lo que los primeros ancianos llamaron –deseo–, difícil sensación que no deja partir ese sentimiento. El inicio de otro anochecer llega y suenan acordes que encarnan en su pecho un vacío, Las luces de su habitación se hallan bajas, haciendo reverencia a la mujer que no es de nadie.

Recuerdos donde no soltaba su mano mientras le llevaba entre la gente, cruzando calles de ésta gran ciudad que ya es pequeña, Llegan de nuevo. Eran calles donde sin importar el clima, robaba su alma con cada beso, sonrientes a llantos de la gente. No era primavera, pero, nuestra presencia hacían sentir vestidos ligeros a elegantes caballeros, con sus brazos entre lazados al glamor de selectas esposas. Mujer que al cruzar entre la gente eras silencio, eras ligera, eras reina de un noble silletero.

–Despierto y sólo eh escrito su nombre–

5. DICIEMBRE.

La carta llega, como llegan todas ellas, –tarde–. Envuelta en brillantes hilos dorados que protegen celosamente el sobre de tal importante invitación, recado que sin leer las letras de tu emisor, sabe que lo mejor es decir que no. Papel blanco ceda, cuidadosamente cerrado sin muchos dobléis. “a la terraza de un viejo café, sentado a la mesa nueve alguien ordenó 2 tazas de café, en vez de vino como la demás gente a mí alrededor. Están a las mesas separadas entre sí por velones que poco a poco derraman su esperma. –La mía a causa de su llama ó a casusa de tu espera; ven que se enfría tu café, ven que la gente me observa como si fuera un loco pensativo y triste también, ven que después de nuestro último sorbo a tu frente besaré”.

Una campana suena al final de la calle, suena una, otra y otra vez, como queriendo desvelar a los enamorados que en sus casas se encuentran abrazados, suenan tan tristes como queriendo abrazar a los que de ambulan solitarios en las calles, suenan alegres a los que nunca han estado abandonados, anunciando que la noche es distinta, tan distinta como la mía. No es solo de alegría, es melancolía también. En la capilla ya han dejado de gritar y el silencio amenaza ahora mis ojos llorar.

Lejanos sonidos que de nuevo, por una segunda vez comienzan a sonar, los escucho en ésta terraza adornada con tenues luces de bombillas antiguas, llegan de nuevo aquellos sonidos tristes, recordándome el vacío que lleva tu ser, mis labios saborean otro sorbo, –ahora de tibio café–. Opaca luz de velón que también se niega a morir, sigue ahí, sigue llenando el vacío no mayor a la alegría fingida que en sus labios le finges a tu pequeño mundo.

Entiendo el mensaje, –hay silencio– la llama de mi mesa se apaga tras un tercer sorbo, –ahora de un frío café–, mirando al firmamento oscuro me levanto de mi mesa; escucho una tercera sonada de alegres campaneares. Entiendo que tus pies no andan por las calles, no en ésta noche. Suenan de nuevo y por última vez. –Entendí que no llegarás a mí–. Las miradas de la gente giran contemplando la lentitud de mis pasos, cuando a mi espalda, sobre la mesa nueve, tu café sigue servido.

Escribo canciones tan tristes como aquellos días en los que nos encontrábamos lejos, tan lejanos como el tiempo hoy transcurrido.

6. AL AMOR PERDIDO.

A la querida y noble mujer. A ti, a la que el tiempo, las montañas hoy nos separan. A ti, que te llamo noble mujer porque así son las damas que se ocultan allí afuera, allí a la deriva. A ti, que te encuentras tan lejos, tan

distante como las nubes que adornan esporádicamente nuestro cielo; mientras al viento cálido sube a la cumbre soplando cada vez más fuerte. –sentado me encuentro– imagino si tus manos serán tan suaves como el aire que sopla mi espalda. Ó si son toscas como el abrigo que mi padre me obsequió antes de marchar.

Nunca te contemplé como una vez mi madre me enseñó a contemplar. Nunca te besé como los ríos a las rocas cuando con pasión caen a fuerza de cascada, se besan y acarician, se lastiman también y se tocan con amor. Sentiría sin cansancio tu humedad sobre mí. No sé si me miraste fijamente en ese momento cuando corrías camino a clases; quizás. Ó a la cita deseada.

A ti querida mujer que te encuentras tan lejos de mis besos y tan cerca de mi imaginación. Alegre y radiante como el amanecer, ese que espero estés contemplando después del ahora. Te veo una y otra vez, por muchas veces en el tiempo, a diario en las noches antes de dormir y creo que por las noches también, te sueño y también te veo, también deseo que estés a éste lado de estas páginas leyéndolas mientras te las recito.

Como quisiera caminar en las mismas calles que recorres a cada final de mes, cuando tus triunfos sabes que has logrado. –quedarme sentado bajo el árbol de aquel parque por el que sueles transitar. Allí sentados, enseñándote a sentir el ruido que a diario escucho antes del sol sentir. Te enseñaría a besar con la ilusión con que siempre despierto y tú con la que soñaste. Te enseñaría a amar con la sinceridad y el temor de un niño y una sola mirada. –La tuya–

A la querida y noble mujer. A tí; a la que el tiempo, las montañas hoy nos separan.

7. UN SOBRE, UN ANCIANO.

Ahora me encuentro escondido entre las líneas de una vieja carta, me encuentro temeroso mientras veo en una de ellas reflejado tu rostro envejecido, recuerdo tus pómulos cambiantes de color, como las páginas de las cartas que no me atreví a enviarte en los días de invierno, Las sostengo entre mis manos; firme como los deseos que tengo de volver abrazarte una vez más.–Aquellas cartas no son las mismas que ahora escribo, tengo más papel y menos tinta. Cansadas y arrugadas se hallan mis manos pero se aferran a viejas intensiones de dibujar por primer las líneas de tu boca delgada y ahora pálidas.

Me pregunto si estarás aquí junto conmigo escribiendo, mis viejos trozos de papel con un lápiz ya a punto de terminar. Detrás espero te encuentres escuchándome recitarlas a baja voz, las mismas que te gustaba leer antes de dormir, esas que reposaban junto a tu cama mientras me hallaba

corriendo, viajando por las calles cerca a tu casa.

Aquellas cartas escondidas en sobres que se rompen ahora con solo tocar, se abriendo dejando de nuevo circular aire a lo que guardaba celosamente para mí, –para ti también–. Temblorosa mi mano invade su interior hasta encontrar manuscritos en más papel, de más color, de más hermosura postal. Escondida se ha negado desaparecer nuestra fotografía, tú sonrisa aferrada a la seriedad mía, así nos encontrábamos años atrás, muchos seguramente.

Mis ojos amenazan con dejar salir los sentimientos que embargan la nostalgia de no estar en el invierno de tu vida, alimentando la hoguera y el furor de un sentimiento mutuo, mientras cantando me incitabas al baile de buenos mozos. Dejo caer mis brazos sin desgarrar la bella reminiscencia. De nuevo te quiero, de nuevo te deseo, de nuevo te amo. –los minutos en un viejo reloj continúan su marcha como queriendo llegar algún sitio, no se detienen cuando yo deseo descansar de mis errores.

Consultando una vez más mi postal me doy de cuenta que las noticias tuyas no llegaron al caer la primavera, mi silencio se halla más fuerte cuando evidencio que algo quedó pendiente en nuestras vidas antes de escuchar nuestras voces despedirse; y no fue un beso, tampoco un perdón con sabor a dolor; fue tu rostro pidiendo una caricia mientras dando la vuelta te dejaba marchar.

Frágiles imágenes de pasos tuyos que en mi mente se niegan a volar. El día era alegre, soplando se encontraba el viento, corría desde el sur golpeando a mi cara mientras te marchabas al norte, entre pastizales verdes que se abrían a tu paso; te acompañaban, también te protegían, quise correr pero mi cobardía era más fuerte que el amor que por ti sentía, era menos hombre y más niño aquel día.

El sobre de nuevo se cierra, guardando una vez más mí promesa de olvidarte jamás, sus letras se hallan ya viejas, arrugadas de tanto por ti esperar. La mirada de mis ojos observando la tuya antes de encaminar mi propio deseo al saber que nunca regresarás, cumpliste tu promesa, la mía quebrantada estará. Un pañuelo blanco te acompañará mientras yo confiado que aquella flor blanca la habrás dedicado al final de tus encantos. A mi nombre, a mi alma envenenada de falsas promesas de otro sueño vivido. Reposaran en aguas puras de una verde colina que nunca morirá. Allí dediqué mis últimos recuerdos a la hermosa que siempre me fue fiel.

8. ÚLTIMA CITA.

La tarde llega, trayendo con sigo la hora pactada de vuestro encuentro. Caminas lejos de casa, vestida tan de gala para lo que será quizás tu segunda cita, te hallas nerviosa mientras que dentro de ti... deseas que

sea la última de esas sensaciones. Pasos que se abren entre la gente por la avenida principal del norte de la ciudad. Un hombre que al final de una de las esquinas esperándote está. No hay viento circulante detrás de ti, pero tu cabellera danza como gaviotas antes de su vuelo. Eres hermosa también.

-Oh querida mujer de piel trigueña que a su lado sonríe sin temor, queriendo iluminar el viejo atardecer, cuando caminando entre senderos se hallan con los halagos de viejas grandes antorchas que dan la bienvenida a sus invitados especiales y una mesa reservada a su nombre. Cálidas manos de fémina cubren su cuerpo en cálido aprecio de un abrazo cuando reposando en su mejilla un beso has dejado. Acaricias lo que es él, acaricias a un chico que no ha secado sus nervios.

Será una tarde fría mientras te ve, piensa que será fría... pues a sus manos los nervios hacen revuelos en él, delatando lo que provoca la compañía de tan delicada dama. -Dejarás de sonreír por un instante cuando el cálido y oscuro ya invada tu interior. Sonreirás de nuevo al ver que detalla tu semblante y antes de preguntarle lo que pasa por su mente... saboreará su bebida.

Las cuerdas de un violín se escucharán detrás de vuestras palabras y harán que se crucen vuestras palmas una vez más. Querrás acomodar la punta de su abrigo que ahora está levantado, pero se encuentra lejos de tu mano, quieres intentarlo deteniendo tu sonrisa diminuta que conservabas mientras platicabas. Alzas tu mano al frente de su mirada que observa al otro lado de la mesa. Sorprendido te observa de repente, como sumiso ante tus intenciones.

No habrá luna en el firmamento iluminando vuestra mesa, pero caerán del firmamento estrellas que anunciaran la llegada de la noche. Vuestras manos se entre lazarán nuevamente cuando la luz de aquellas antorchas aún se niegan a morir. Resumiendo en un sólo mirar la tranquilidad que produce su cuerpo danzando como uno solo.

El ballet ha terminado.-te has marchado sin mirar atrás, te has desahogado con un beso tosco al finalizar el acorde de la última balada, cuando las parejas hicieron retumbar el silencio que posaba en aquella terraza de Bar & Café. No hubo arrepentimientos, muchos deseos de volveros a encontrar, volveros a enamorar... quizás. -después de otro beso al despertar. El calendario ahora es un juego al azar donde los días apostados al amor son el resultado de cualquier ficha lanzada. Cualquier día que sea con tu compañía.

9. SUEÑOS.

Y algún día mientras la neblina de las montañas se levante lenta y dormilona. Te despertarás confusa entre lágrimas de tan profundo

silencio, a los caminos lejanos de la gran ciudad te echaras a andar, harás hoguera en tu sala, harás vecindad a los linderos de tus pedestales y a un riachuelo donde las aves cantan antes de salir el sol.

Y algún día donde la claridad del sol se convierta en abrazos para tu pecho... la sonrisa y el beso de una flor se harán tu mejor canción. Allí donde me encuentre todavía, en medio de la multitud te podré apreciar todavía, dando palmadas al aire sin pausa, sin pausa alguna para que el hilo de mi alegría rebote en tu rostro en forma de besos viajeros, acompañados de una elegante golondrina vestida de alegría.

Y algún día cuando tu mano baje a los bajos mundos de mi melancolía alegría; invitándome de nuevo bailar para ti. –los silbatos de ancianas cigarras resucitaran entre amapolas que ya quieren florecer, cabelleras de viejos arbusto sobre viejos arboles se disfrazarán una vez más en fiesta. Mientras aquí abajo, debajo de ellos, tú y yo, mirando la mirada del otro sin sonreír, solo contemplando nuestros llantos, solo moviendo suave nuestros cuerpos. Volveremos a amar.

Y cuando las amapolas se conviertan en la envidia de orquídeas, estaremos ahí para ser testigos de su discordia, seremos amigos y amantes del amanecer. Tú serás como una ellas por su belleza y delicadeza, yo en cambio, seré del cielo la niebla que viaja sin rumbo fijo, esperando de tu voz en aire que me convierta en agua para tu piel, esa que ahora cae y rebota sin penas a tus pies. Eres dulce y elegante más que un clavel, eres la mujer que siempre esperé.

Y Así Seremos Lo Que Siempre Quisimos Ser Algún Día.

10. A LA CHOZA.

Sobre la casona vieja, en una tarde de Octubre. El invierno ya pronto se marcha, mientras una arrugada anciana aún contempla los inmundos renacuajos que le acompañaron a cada atardecer. –Eres un feo gigante–, solía decir mientras aceitunas y migas de pan lanzaba con poca fuerza y mucha intención. –darles de comer, aun sabiendo que no comerían. Bello regocijo que provoca en ti el alimentar a alguien más. Invierno que está a punto de marchar y aquí nadie te ha venido a visitar.

A la piedra casi redonda que descansa frente aquella choza se encuentra ella, ayer cubierta de musgos verdes húmedos y una flor amarilla diminuta. Hoy es una tosca roca desnuda, tan caliente como el sol al medio día. Su rostro pálido desea algo de sol, desea un beso y una caricia del noble cortés. En su mano sostiene una tasa de lata poco brillante y

muy usada, calmando la sed se encuentra nuestra anciana olvidada.

Arrugados parpados que hacen bajar su mirada, cuando recostada sobre una vieja banca, las hojas de un verde laurel vez lentamente caer. Poco viento, no hay frío ni sol que te haga sudar, no más que el cansancio que poseen tus pies cuando en tu recuerdo aparece tu hijo caminar. –ahora tu mirada quiere verle regresar de nuevo a tu brazos para contemplarle.

Las noches llegan y se marchan tan rápidos como los días de invierno. No hay rastros de los besos que acariciaron esas tus suaves mejillas. Rosadas aquel día, hoy ya pálidas. El cielo de su azul brillante contempla la sombra de tus bellos harapos que se mueven al paso de un soplo de aire y en tu jardín a la mesa haces el adorno como cada mañana antes del primer café, al frente la silla que espera por ti se encuentra lista y vacía, ya casi olvida cuanto has dejado de compartir con ella, y aún sigue perdonando tu ardua espera.

Ha pasado de nuevo otro verano, visto llegar muchas primaveras, ha vivido muchos otoños y se ha refugiado en muchos inviernos. Las noches siguen siendo para no olvidar la misma aquella cuando le viste marchar, con porte de elegante gabán de un verde oscuro que su padre dejó al recuerdo de una guerra. –así le viste alejar. Ahora le quieres ver regresar, pues ya las cartas de cada año han dejaron de llegar.

Arrugada mirada que no cesa de contemplar al hombre que ayer entregó al mundo. Arrugada mirada que se niega a descansar sin verle de nuevo regresar. Mirada arrugada de madre, que a la muerte se le esconde y sin cansancio espera aquel beso. El beso de su primer y último amor.

Al hijo que despedí sin compromiso de regreso.

11. UN CAFÉ.

Caminaba lenta por los andenes de aquella calle, eran “las y cuarto” después de la hora acordada. No estaba vestida de nervios, no era niña al caminar entre miradas que le desnudaban al pasar. Cálida era aquella tarde cuando el viento se vestía de brisas que llegaban golpeando de frente, golpeaban tan suaves que a tu cabellera le hacía ondear a cada paso que ella daba. Burlando las miradas de pequeños hombres que te querían saludar.

Pequeña plaza a donde tus pasos te hicieron llevar, en medio de la misma multitud a tus pasos le seguí, así de lento y sorprendido, también deseoso de contemplar de cerca esos tus ojos. Tan delineados como aquellos labios de rojo fino pétalo rosal, hermoso regalo que diste con una sonrisa sin temor a éste señor que te persigue.

Elegante pasos que acompañaron a los míos por aquellas calles de la triste ciudad, mientras que sin temor de mi mano la tuya sujetaste. Las caricias llegaron como llegaron la miradas perdidas de tristes traicioneros, esas que arrepentidas se encuentran perdidas en los recuerdos de sus canciones de dolor.

Nuestra mesa. En la esquina de un viejo cafetín se encontraba servida, se encontraba tendida. La mesa, nuestra mesa fue pequeña y perfecta para el placer de compartir un café. A nuestras cabezas, un techo de viejos paraguas cubriendo el momento de los enamorados, algunos amigos, algunos ansianos y nosotros dos.

Y una joven del otro lado de un faro observaba, esperando tal vez nuestro llamado. Te miré a la cara y de nuevo tu mano acarició la mía. Al tiempo de aquellas palabras que surgieron en acordes de una vieja flauta, tenues y delicados, haciendo juego con la vieja melodía que nos acompañó por varias horas. Hacía frío pero sentimos un abrazo y una acaricia. Te observé algo despeinada, te observé y no eras menos dama, eras la nobleza con la que antier soñaba.

La tarde se marchó con la rapidez de nuestros deseos, tu mirada centraba contemplando mis labios. Cerré mis parpados al aroma de flores que de tu cabello llegó en profundo suspiro al interior de mi pecho. No querías alzar tu mirada, te querías refugiar en mi pecho, tus mejillas querían descansar en mi barbilla. Manos que se acariciaron en sí, entre lazando sentimientos; se encontraron sin movimiento. Mis deseos se encontraron rodeando tu cintura, se encontraron a la altura de mis hombros, nos encontramos en un beso.

Paola...

12. PRIMER VERDAD.

¿Quién era ella?

Ella en medio de la nada lo era todo, era más de lo que vestía, su presencia era silenciosamente hermosa, tanto que a su paso dejaban lentos recuerdos que se reproducían en segundos y duraban horas. Ella en medio de todo lo era todo.

-vestía a caso... ¿elegante? De vestidos largos y atuendos relevantes que hacían bailes con la luz del día? ¡No!-ella era más de lo que vestía, ella era única porque odiaba los vestidos que sólo le hacían presumir lo que no era ella, y sí lo que el mundo quería de ella ver.

Noble belleza de los que muchos contemplaron cantando estrofas, canciones con acordes de violines y algunas guitarras... en cartas, al amanecer en su oído antes de despertar y antes de dormir. Noble belleza

que sólo ella sabía guardar con doble sentido, el amar y el sentirse amada. Sabiendas de muchos relatos de finales tristes, ella no resistió al paso de su peor enemigo. Su Lealtad.

¡Llueve en su mirada... Señor! No señor, no soy yo el que le llora, no son mis ojos quien le extrañan, es mi mente la que le recuerda con nostalgia y hacen tormentas en las mejillas. Es ella... ella la noble mujer que se quedó dentro de la persona más pequeña del mundo, queriendo hacer una vida largamente feliz, es ella la que llora dentro de mí, porque es ella quien vive dentro del cuerpo menos acorde para ella.

Le amas entonces? ¡No! No le amo, no le amo porque de su destino ya no soy acompañante, de su lado ya no camino y su mano de la mía ya no se aferra. Nos cruzamos en muchos sueños, que se conjugaron por varias noches y sólo duraron segundos. Simplemente a ella no le amo. -Nos amamos.

¡Volverán a estar unidos! Como grandes piedras que descendieron por los ríos en las montañas, se hicieron distantes y diferentes una de las otras, para descansar en el mar... Estuvieron unidas en una sola roca, así será nuestro reencuentro. Seremos arena en el mar.

13. AMOR ESCONDIDO.

Las cigarras cantaron tan fuertes como los renacuajos a la llegada de la fría noche, las luces de tu caldero se apagaron cuando las estrellas se escondieron, se refugiaron detrás de las nubes oscuras de nuestro cielo. Dejaron de ser cómplices de nuestros besos al caer la oscuridad mientras un Búho dejaba claro que estábamos solos. La oscuridad tenía miedo de ser descubierta como tu cuerpo al primer día a mis ojos.

Tu aroma salía de tus labios pálidos, fruncidos al calor de mi cuerpo cercano a tus mejillas, no se tornaban inocentes en nuestra oscuridad, a nuestros deseos. Imitaban las locuras de diminutas luces que tímidamente aparecieron cuando acariciando mi cuello tu mano empezaba abrir paso entre mi chaval.

El frío golpeó a nuestras espaldas cuando nuestros brazos imitaron las ramas de aquel árbol donde silenciosamente nuestras almas se unieron. La calidez de nuestros besos apoderó la intención de aquella noche. Nuestra última noche, nuestro primer invierno, nuestra primera cita a solas sin testigos, sin luz. Hombre que nunca tuvo temor de caminar entre noches, hoy teme caminar por los recuerdos en busca de un nuevo beso.

Y como si las horas hubieran podido sentir envidia alguna de aquella noche que nunca regresará, aceleró la llegada del nuevo día. -llevándote de mano por entre ramas quebradizas que al suelo reposaban, fracturándoles con facilidad, haciendo sonidos titilantes y juguetones al

mismo sonar de grandes grillos y sus patas, y un turpial que no muy lejos cantó elegante al nuevo despertar.

A las débiles cenizas que dejó la llama en aquella noche, reposan. Se ven diminutas como tus manos mientras le recogiste, y al sentir su suave sensación de muerte le hechas al viento. –es la sensación del olvido que ahora embarga la pena de abandonarte a los solitarios abrazos de un frío lecho. Seré como el caldero, frío al olvido y caliente después de la noche.

Ana & su primer 14 de Febrero.

Capítulo 2

14. HIJO.

Y fuiste tan grande como los deseos de aquel caballero que por ti de joven te esperó y a ciegas llegó a amarte, tu rostro contemplaba en cada mañana desde la noticia de tu viaje. –Sería invierno o quizás primavera–. Las manos se alzaron cuando tu carta llegó. –Pronto llegaré y en tus brazos desearé quedarme, mientras tanto cuídame a mi llegada...

Fuiste tan grande y tan hermosa en su oscuridad; que su corazón palpitó tan rápido; que junto al de él, corrieron tan de prisa que los mismos potros de aquel rebaño asombrarían de haberlos sentido, sus manos te consintieron una y otra vez mientras el día desaparecía, te quería besar entrada la noche mientras recorrías tu camino, pero eras tan recia y rebelde que no sabías de aquello, de mi mundo tan distinto al vuestro.

Por caminos que embargaron la tristeza se encontraron en una mañana; cuando las oleadas de neblina confundían sus pasos, tu camino era pequeño para tan grande sueño, y la intención nunca cambió. Marchando casi a la deriva por el camino que te dio la vida continuaste aún con dolor, continuaste sin preocupación, aún sin ver mi mano acariciándote.

El momento se encontró a la mitad del camino de la noche, y con ello tu frío casi abrazador. –era tan pesado como el dolor–, tu corazón aceleró más que el mío, acelero para poderlo encontrar, pero a mi mano no encontraste, te perdías en la tempestad, mis brazos se hallaban lejos y mis besos eran confusión a la espera de tu decisión. La marea de mi sueño dejaba ver a tu paso el otro lado del amor.

A ti que una vez me hizo sentir como caballero. –Un te amo.
A la sensación de verte entre mis brazos cuando a la soledad tu presencia era enemigo...
A los besos que faltaron por darte y las caricias que fueron pocas...
A las promesas que hicieron falta cumplir... a ti que te vi venir en el momento ideal aun sabiendo que mi mundo era desigual. –un perdón que seguro no escucharas pero bajo la espesa niebla de mi corazón el sentimiento tuyo guardaré.

Al hijo que nunca logré conocer...

15. CUANDO...

Cuando...

Cuando aprendamos a caminar competiré por los besos que te fueron

negados.

Cuando...

A las estrellas las nubes le quieran ahogar, te llevaré de mi mano para poderlas dibujar.

Cuando...

Las aves tengan temor de volar; le espantaremos con falsas flores que del cielo lanzaremos, para verlas despegar.

Cuando...

A la mañana le haga falta el aroma de montaña, recitaremos poemas y versos sinceros, y con ellas ambos sonreiremos.

Cuando...

Tu pecho sienta dolor, será porque sobre ti me encuentre yo, escuchando el palpito de un corazón.

Cuando...

Tu cuerpo se halle mojado al salir el sol, será porque hicimos en la noche de nuevo el amor.

Cuando...

Sientas ganas de llorar viendo la luna llena alumbrar por tu ventana, será porque me encuentro de nuevo escribiéndote.

16. DOMINGO.

Mis alpargatas sostuvieron mis pasos la mañana del día donde las aseñoradas acuden a recitar pecados, caminé como las ovejas a su calvario frío y estrecho, pensando cómo piensan los inmensos búhos al salir a la cálida lumbre de entre las montañas. Seca se torna la mañana por las empedradas calles del centro histórico de la ciudad; a la hora donde nuestras sombras mueren, allí me encuentro vestido de oscuro abrigo y un sombrero que atraen algunas miradas.

Algo anda peor que las alpargatas que adornan mis pisadas.

Algo anda tan diferente como el abrigo triste en tan brillante mañana.
Algo se percibe en el aire, tan delirante como los oleos de mi sombrero, la mirada de aquellos humanos disfraza talladamente los sentimientos de grandes arrepenimientos.

Que bella es la mirada de aquella niña de vestido blanco paloma que camina entre la gente hasta descansar en la torre del reloj, en su alto marca la misma hora del ayer, anunciando a los campaneros que llamen a su vecindario. Mirada tierna que deleita la extrañes de mi presencia a la mitad de una plaza adornada de gente; Adornada de sentimientos, adornada con todo, menos de amor.

Que miradas tan diferentes a la mía, disfrazadas se hallan a la verdad, temerosas a la traición y un castigo, tantas miradas que desean un abrazo, desean un perdón, y una cátedra de verdad, la mía necesita ser mirada con la misma sinceridad que lo hace aquella niña de blanco y su vestido de paloma.

Nadie le interesa de un abrazo sincero recibir los elogios de un hombre; que recogiendo las miradas de su amada se halla, entre las olas de gente aburrida que camina sin mirar la calle que nos sostiene, caminan tan lentos que les detallo el color de sus ojos. Son tan oscuros como la soledad y triste frustración del profundo mar, tan verdes como los musgos de un barco abandonado y mal oliente, otros son claros como la pena de un pecador descubierto a mitad del día, y tan negros como los sueños de un preso queriendo ser perdonado.

17. SEGUNDA VERDAD.

Y se fue descubierta.

Desprotegida se encuentra el ser que a tu sonrisa le enseñó a ser feliz. Feliz como los reales pavos saludan al salir el sol, coloridos colores que se engalanaron al paso de tu mirada. La mía, Ahora contempla los casquillos de hojas secas que caen al cruce de tus pisadas bruscas y firmes, sin detener la intensión de abandonar el abrigo que compartió a media noche.

Y caminó con un adiós.

Y su camino era real, era triste pero real, era misterioso al ser caminado

mientras era abandonada. No mira atrás, su mirada no quiere ver más la verdad que ahora le trazaste, ahora, ahora después de tu falsa verdad. A final le clavaste la sinceridad se ser todo la mentira mejor cantada, mejor recitada. La mejor.

Olas de silencio le acobijaron a cada paso por las empedradas calles de aquel sendero menos apropiado para sus pies, es firme al marchar, prefiere caminar y no correr, porque no huye, nada le espanta, nada le atemoriza si de correr prefiriera, no teme caer con sus ojos cubiertos de lagrimas, no, calla y prefiere caminar por qué lento el dolor se hace mas real, se hace más humano al sueño de papel que trazaron sobre su corazón.

18. SUMISA.

Y bajo la elegante sombra del temor se halla el elocuente susurro de un cantor, delicadas palabras para tan oscuro momento donde sólo las luces de pequeños animales viven, viven vivas de un lado hasta el siguiente. El silencio se hace más grande cuando aún se hallan casi congeladas aquellas palabras, mis manos empuñan una carta y el corazón me sostiene.

En mi mente se procesa con detalles momentos que mi garganta recita, lo que siente mis pesares; cuerdas que se preparan para todo; menos un perdón a primera instancia por la irrupción de tu sueño y tu paz. Bofetada se ve venir rasgando al aire pesado que reposa entre nuestros cuerpos, separándonos de lo único que nos tenía preso. Tu Silencio.

Luces que adornaron por instantes nuestro espacio; –desparecieron–
Luces danzantes como tu vestido al desfile de media noche después de un beso húmedo y largo. Tu pasarela se halla levantando el velo de color triste; a pasos de silueta donde lágrimas de silenciosa soledad pronto comienzan a nacer. Tus brazos se hallan caídos a la gravedad de nuestro desamor de niños.

Los silbatos de la oscura noche se acomodan en la esquina de la ladera donde reposan mis versos, como reposaron una vez nuestras alegrías después de un diluvio de sensaciones a cuerpos desnudos en tempestad. A lo lejos nos encontramos cargados de miradas distintas. A falta de una

caricia, un beso y ahora un perdón.

19. FLORECE EL DESABRIGO.

Las cavernas de tu soledad se hallan temerosas a la luz de mis palabras, suenan como relámpagos en tus oídos cuando el aire golpea también a tu piel, te encuentras al final de tu propio final de sentimientos, donde palabras viajeras en un día cálido irrumpieron tu salón, pero en invierno se apartaron cargados de cobardía y una rosa herida. Allí reposan ahora las promesas de mis golondrinas que a media noche llegaron hasta allí, buscando refugio, buscándote.

Amo la silueta de tu mirada encrucijada en mi rostro.

Amo el temblor de tus manos semejadas a un temor cuando se siente pasión.

Amo tus palabras pidiendo distancia a la verdad de mis palabras comunes.

Amo tu desnudez después de un beso.

Y tu desnudez es tosca, tu desnudez palpita sin sensibilidad cuando miras a lo lejos y te das cuenta que ya te habían golpeado con labios oscuros de tantos besos falsos, tu color y aroma son los mismos al desnudar tus sentimientos, al descubrir la verdad de aquellos brazos que hace poco abrazaban tu mundo, te abrazaba toda.

Y tu desnudez es fría, y no es a tu cuerpo imperfecto a la perfección del momento, le digo desnudez a lo más hermoso que mis manos, ayer, acariciaron cuando sonriente te acercaste sin lentitud a mi pecho, le digo desnudes a las voces cargadas de sentimientos para mi, porque suenan a verdad, se escuchan puras como el agua que cae a tu espalda cicatrizada de olvido y desprecio.

Sin mendigar compañía sabemos que nos necesitamos.

Te necesito por tu verdad y frialdad.

Me necesitas por mi torpeza cuando intento mentir diciendo que no te extraño.

Necesito ver desnuda tu mirada merodeando mi timidez.

Me necesitas porque sabes que yo te necesito.

20. UN VIAJE & UN DESEO.

El día menos pensado llegó, las horas hacen que no sea cualquier día en concreto. La tristeza hace guerra entre sonrisas mal fingidas en mi rostro, los mensajes, las llamadas de felicitaciones llegaron desde el día anterior.

Un par de besos y gratitudes también llegaron a tiempo, los recados empacados están. –Pero tu abrazo no llegó–. Al caer la oscuridad de la noche y entristecido me encuentro antes de emprender este viaje, el que pocos meses atrás deseaste realizar, y cuando nos enteramos que conmigo no estarías más... pediste que en este momento conmigo tu deberías estar, pero tu abrazo no llegó y mi cuarto de hora, ya en segundos se convirtió.

En nuestro camino alocado de vivencias disparejas; en un mundo casi perfecto para los ojos de lo ilógico y tan elemental, nos hicimos miles de excusas tan bien dramatizadas para la sociedad; que la misma humanidad fracasó en su lógica por saber del futuro. La mente de la gente nos creyó al vernos sonreír, compartieron nuestras sonrisas al paso sin pena nuestras pisadas, nos abrazaron en elogios que eran imposibles no admirar. –Tu felicidad era ciega, mi felicidad eras tú–. Caminaste por lugares sin pena de ser acompañada de un ser tan poco usual para tu juventud, porque a tus años los soñaste como yo los dibujé.

Tan castigado será el futuro que me espera al llegar a casa y no verte por mí esperar.

Tan vacío podrá ser el tuyo al abrazarme en las noches, besarme y verme para ti cantar... y despertar porque fue solo un sueño; Nada más.

Tan cobarde fue el mundo quizás, que se arrepintió de vernos unidos por tan largo tiempo... Quizás. Muy poco para los dos, en realidad.

Bajo la gruesa oscuridad que me acompaña me encuentro abriendo paso, la poca niebla no teme al acercarme, avanzo con prisa, como queriendo alejarme sin pérdida de tiempo, mis farolas enfocan a la subienda de una pequeña colina, el frío y el viento golpean de frente. Al llegar en aquel alto me detengo, –hay una brisa que eriza mi piel–, no quiero mirar, pero soy cobarde y volteo la mirada, miro hacia atrás, las luces de aquel vecindario se hallan titilantes, se que te dejo allí, se que podrán pasar días, semanas, quizás años antes de volver a ver aquella ciudad, antes de volver a verte.

Los deseos aquellos de regresar de nuevo; después de haberte despedido, los vuelvo a sentir, aquellos mismos en los que en muchas mañanas se hicieron tarde en el pasado, a causa de nuestro deseo mutuo de no alejarnos, bromeando con las horas y cambiando fechas a nuestros compromisos. Así vivimos aquellos los días. No recuerdo tristeza, no recuerdo arrepentimiento a causa de lo vivido, nada fue imperfecto entre

el mundo casi loco e ilógico de la gente de hoy.

-No hay palabras que puedan expresar lo que se siente al mirar atrás, cuando el destino te obliga a caminar hacia adelante. Deseo retroceder y buscarte entre recuerdos y vivir en ellos, deseo dar vuelta y despertarte de los sueños que te engañan en cada noche, deseo muchas cosas mientras observo casi a punto de llorar... Hondo suspiro que a mis pulmones llenan en totalidad, vuelve la mirada a enfocar adelante, no hay vuelta atrás ante la realidad, mis piernas tiemblan y el corazón acelera, tu duermes y yo me alejo cruzando montañas.

21. ERES FLOR EN MI VERANO.

Y hubiera escogido entre miles de jardines a la mejor azucena de ésta primavera, al mejor silletero del pueblo para formar tu mejor arreglo floral, hubieras deseado que a tu ventana lloviera pétalos de rosas. Pude haberlas regado en tu cama al finalizar el invierno, viéndote sonreír al canto de la primera ave, esa que siempre posa a tu ventana cuando al sol le quedan pocos minutos para dejar de tocar tu piel. Escondida y profunda, quizás también lejana, perdida... muy probable. Lejos de ti, lejos de mi calor, lejos e insensible a los abrazos que celosamente te acobijaron en gran parte de tus noches frías.

No fue así, no fui como la gente normal, escogí entre miles de mujeres a la más silenciosa entre fiestas, disfrazando con sencillez los temores de un corazón opaco entre días soleados, esa que viste de tenor, luciendo su cabellera a los pocos ansianos que de ambulan por las calles de éste pueblo. Tu vestido tan de pétalo de rosa luciente entre las calles empedradas. Se halla como punto fijo entre niebla de vestidos opacos de grandes gabanes.

Y hubieras escogido entre grandes caballeros con elegantes trajes y de semblante varonil, para regar sobre tu rostro llantos de felicidad cuando los días se tornaran opacos en tu lecho, pero entre grandes hombres, el silencio de versos a gritos, aquel chico te cantó desde una calle perdida del otro lado del panteón. Las letras se hallaban eternas cuando su nombre no deja de recordar. Escribo sobre los besos que a tu cuerpo deseo dar, escribo sobre la mirada húmeda que me das cuando parto de ti, tus abrazos son palabras que no quieres pronunciar y mi sonrisa la respuesta a tus preguntas cuando a solas estás.

Las calles son oscuras y frías cuando me alejo del aroma de tu sonrisa,

cuando camino sin la compañía de tu mano acariciando y jugueteando con mis mejillas, golpes de cariño sin intención ajena a la que juntos sentimos; antes de conciliar nuestros sueños a la misma hora de cada noche, te pienso desde la oscuridad de mi cuarto imaginando los sueños llenos de encantos; que recorren en ti. Beso al aire que estas a punto de inhalar, quiero vivir en ti por un instante y morir después de ti.

Eliseth.

22. Marzo 21.

Volviste sumisa entre nubes casi transparentes que se abrían al paso de tus pies, hacían reverencia a tu lentos y seguros pasos de grandeza, volviste tan fuerte como el dolor que cargaste cuando te fuiste, cuando te obligaron a marchar; aún tienes la misma mirada recia penetrante y noble a la vez, cuando la tristeza y el sufrimiento no te atormentaba. Tus manos ésta vez no tiemblan, por el contrario; cargan las flores más bellas de la primavera prohibida en ti. Son blancas, tan blancas como las mismas nubes sin tormentas, son las mismas con las que siempre soñé, y supliqué tener al momento de mi partida.

Te hallas ante mí. No te has marchado aún. –Pronuncias–. Conservo el silencio observándote. –y aunque lo desees, no es el momento de tan hermosa gloria, no ahora; seré yo quien ha de partir tan lejos de ti, tan lejos en el mar. Sus pequeñas manos me ofrecen el presente. Las acuno como si fueran el último retoño de orquídeas florecientes al final del mundo. –marcho porque no quiero que te vuelvas a fallar, prometiéndote noches enteras bajo el abrigo de un dulce querer y despertar llenos de besos desnudos de amor; besos sin sonrisas, marchó y no sé hasta cuando estaré lejos. Y cuando te encuentres preparado para también partir; no estaré ahí para darte los buenos viajes, no estaré para abrazarte ni darte las más bellas flores de la última primavera.

Sujétalas como sujetaste mis manos cuando decaía, contempla sus pétalos como besaste mi sufrimiento ajeno, acarícialas como acariciaste mi rostro en las mañanas antes de despertar. No habrán espinas que a tus manos hieran, porque no recuerdo verte sufrir por una de las mías, no habrá más que el vacío a causa de mi ausencia y el silencio de mis sonrisas ya casi olvidadas para ti.

Pobre de quien con palabras falsas hieran los senderos de aquel camino que tú le permitiste transitar sin peligro, porque le llevaste de tu mano.

Pobre de quien tiñe de odio las palabras más dulces que solo tú cantabas cuando feliz te encontrabas, pues no volverías a recitar.

Imperdonable la traición de un beso desconocido en los mismos labios de quien despediste al salir de casa.

Pobre de quien marche de tu muelle sin su capitán, buscando el norte en plena primavera de sus ciegos ojos, cuando tú conoces todo el Este y el Oeste hasta el Sur sin importar el invierno.

23. BAJO LA LLUVIA.

La conocí bajo la lluvia del atardecer menos romántico para ella, su cabellera daba sensaciones de frío y nadie le quería abrigar. Yo le abracé sin preguntar si odiaba los momentos repentinos, sonrió y supe lo bella que es la lluvia acariciando su cuerpo, sonrió tan casual que era mejor verle mojada. Era bella por su inocencia y carisma poco común entre chicas. Le ofrecí mi mano en vez de mi abrigo y ella me dio la sonrisa más bella.

Me enseñó el camino y yo cuidé de sus pasos, su mano sin permiso se aferro a mi brazo al estruendo de un regaño que se escuchó desde el cielo, como quien se enfurece al ver el mundo de su pequeña darse su primer beso, sonrías de nuevo y quiero cantar los versos más románticos que mi mente recita, de la nada, así de simple, por ti.

Charcos que se vuelven juego de pocos niños entre andenes de la gente, allí, nos paseamos, somos como unos más que juegan a mirarse una y otra vez, ya no importa quién ha sonreído más, si no quien ya se enamoró. A cuadra de tu destino y lejos del mío la lluvia se hace más arrepentida y frustrada de no habernos separado, no importa qué tan largo sea ahora mi camino, si me pierdo en el ó si llueve de nuevo, por tercera vez.

Su mano se aleja de mi cuando ya tengo que de nuevo devolver mis pasos, de vuelta. Su mirada dice más que las gracias por cuidar de ella, su sonrisa es de nuevo alegre en los labios que no había visto tan de cerca, siento el palpito de su corazón en mi camisa mojada y es su pecho que aferrado al mío se tienen que separar. Mechón mojado de cabello oscuro que atraviesa su rostro, quiere ser tocado, y le retiro para darte un beso.

Mojada boquita, delgada y poca tibia, más bien es fría, rosada como niña, bella como tu sonrisa, provocativa como caramelo de mil sabores, que al igual a los tuyos, se derriten y es mejor. Sonrisa discreta entre miradas

claras de delgados parpados que se cerraron ante los encantos de mis abrazos.

24. TU SONRISA, MI HISTORIA Y UN ADÍOS.

Ahora que me encuentro caminando por el mismo sendero pero en distinta calle, te grito para que me escuches y no pienses que persigo tus pasos. Eres tan única como los días después del anochecer, te levantas a la misma hora al igual que el sol se asoma por entre montañas, pero es distinta a cada mañana. Así quiero que seas en todas las mañanas después de tu primera taza de café, que tu música alocada de RockandRoll te anime a golpear las puertas de tus sueños; alegres en cada mañana, te grito desde la otra calle, te grito para que me escuches y no pienses que persigo tus pasos.

No quiero perseguir tus pasos porque simplemente los míos son tan lentos y pesados, son tan torpes a tu lado, mis pasos son tan diversos como el viento que recorre nuestras cabezas, y simplemente somos como dos mundos que así quieran girar sobre una misma orbita, jamás llegaran a estar juntos; porque estallan. Así eres tú, así es que te quiero yo, verte recorrer el mundo entero en tu propia estela de estrellas, tan libre y tan feliz como para con las demás confundirse.

Ahora que observas lo loco que grito desde la avenida ajena, quiero que entiendas que la diversidad de la humanidad se puede comparar con las piedras que pisas. Que tu sonrisa se compara con la de niños jugando sin parar, que la luz de tu mirada debe irradiar el amor que uno siente al ver un atardecer a la orilla del mar, así; enterrando los pies en la arena, sintiendo lo vivo que debe uno de estar para poderle disfrutar.

Sé que te sonrojas porque la gente nos confunde, confunde mis nobles deseos con desgarradores regaños e incluso ofensas, te sonrojas por lo que grito sin parar, y es lo que deseo que pase en ti, porque cuando te sonrojas, comprendo que sabes que tengo la razón, como cuando te decía que eras la más hermosa de las flores que jamás antes había contemplado, que sin importar lo marchita que estuvieras, te llevaría entre mis brazos y te presentaría como la más bella de nuestros días. Y la gente nos observa.

El final de mi callejón se encuentra cerca, al igual que el tuyo, pero no quiero que al final te detengas y salgas corriendo ante mis brazos, quiero verte correr a donde tus sueños te hagan más grande y más hermosa,

quiero verte mirar a tras, mirándome con gran alegría de haberme conocido, de haberte ofrecido los versos de amor jamás pensados; alegre porque inspiré de ti el deseo de ser más grande, de correr más lejos y de no temer al mundo que te quiere abrazar.

Me puse de pie en cuanto supe que marcharías a donde no puedo caminar, simplemente porque deseas volar, y comprendí que de eso trata nuestras mentes, nuestros sueños. Te inspiraron a ser diferente, hacer de tu vida lo que solo tú sabes ser. –Alegre– se trata de ser grande, se trata de siempre vestir de seda, así el día te invite a vestir de abrigo, se trata de besar a lo más hermoso que tus pasos pueda acompañar de verdad. –Se trata de ser feliz– grito de nuevo. Loco podrás pensar que estoy, que mi cabeza perdió la cordura ante ti, y quizás pienses que estoy mal. Te diré que me encuentro en todas las etapas esas que decís, pero que ante todo, me encuentro feliz, me encuentro feliz porque de nuevo te vi sonreír, que me encuentro mal porque aún sigo escribiendo para ti, durante la noche, durante el día, y lo peor es que sigo amando los escritos que hago por ti, porque te desnudo una y otra vez, describo como eres, como fuiste.

Un lápiz hace de mis manos, una hoja en blanco es tu cuerpo, escribo sobre ti y te hago el amor sin parar, porque puedo recorrer cada rincón en el papel escribiendo miles de pensamientos, embargando lo hermosa que eres cuando hablas, cuando te dejas escribir y el resultado es infinito porque deseo llenar el mundo de papeles con versos y canciones que nunca cantaré, y digo que nunca las cantaré porque nunca fueron creadas para nadie más que a ti.

Así llego al final, y comprendo que fue la mejor manera de caminar contigo, ahora tomo asiento al final del callejón, y la gente no dejó de mirarme gritar, te veo correr mientras yo empiezo a escribir los más grandes recuerdos vividos aquí, historia larga que no puedo saber en que terminará, si podrá tener fin, ni quién podrá disfrutar como lo hice yo. Así te veo alegre partir y yo aquí escribiendo para ti.

Muchas gracias...